

El Bautismo de la Nueva Creación

(Baptism of the New Creation)

El bautismo en el segundo siglo d. J.C. – Patrocinadores en los bautismos – Ceremonias de bautismo en la Iglesia Católica Romana – El bautismo de los infantes y por qué fue introducido en el cristianismo – Testimonio de las Escrituras sobre el bautismo – Perspectiva de los “Discípulos” – Perspectiva de los “Bautistas” – La perspectiva correcta – Bautismo en la muerte de Cristo – “Por un espíritu todos somos bautizados en un cuerpo” – El bautismo de fuego – El bautismo simbólico en el agua – ¿Es el bautismo simbólico necesario? – El símbolo apropiado – ¿Quién puede administrarlo? – La forma de expresión – La repetición del símbolo – “Bautizados por los muertos.”

Los cristianos concuerdan en su entendimiento que el Nuevo Testamento enseña el bautismo, aunque haya una gran diversidad y confusión de pensamiento respecto a su práctica y significado.

La gran apostasía de la fe, mencionada por los apóstoles en el Nuevo Testamento, había avanzado mucho para el segundo siglo al grado que algunos conceptos muy supersticiosos respecto al bautismo habían ganado el control en la iglesia nominal para aquel tiempo. Se suponía que el bautismo en agua no sólo llevaría al individuo a una relación con Dios anulando sus pecados anteriores, sino que también le traería ciertas gracias o favores de parte de Dios como un miembro de la Iglesia de Cristo que no podían ser asegurados de otra manera. Por eso, en aquella época primitiva, los creyentes no sólo buscaban el bautismo para sí mismos, sino también para sus niños; y puesto que los infantes no podían creer ni entrar en las promesas de pacto para sí mismos, un arreglo fue hecho por el cual otros individuos en lugar de los padres podrían hacerse patrocinadores para tales niños – “padres espirituales.” Ellos solemnemente prometieron que los niños creerían en el Señor y transitarían en sus caminos, y fueron obligados a emprender la formación religiosa de aquellos. Tales personas se llamaban padrinos y madrinas.

Tanto los maestros como los enseñados de aquel período progresaron rápidamente al formalismo y a la elaboración de los símbolos y de su sentido. Fuentes especiales para los propósitos bautismales fueron construidas fuera de las iglesias en el tercer siglo. Consistían de un cuarto privado que estaba conectado con un pórtico exterior, el último siendo abierto al público, en cuya presencia se tomaban los votos bautismales, y luego el candidato era bautizado en privado en la fuente. El ministro oficiante exorcizaba al candidato, para expulsar a los demonios, al soplar en su cara tres soplos de aliento, como una representación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El agua en la cual ocurría el bautismo era consagrada por una fórmula complicada, constituyéndola agua sagrada, y una parte de la fórmula consistía del exorcismo o del lanzamiento de los espíritus malignos del agua. El candidato era despojado de la ropa, como una representación del desposeimiento completo del viejo hombre, y era bautizado tres veces, una vez en el nombre del Padre, una vez en el nombre del Hijo, y una vez en el nombre del Espíritu Santo. Todo esto era hecho fuera de la Iglesia, para señalar que el candidato no era todavía un miembro de la Iglesia y no podía ser un miembro de ella hasta que fuera admitido por este procedimiento. Después del servicio de bautismo, el futuro miembro llevaba ropa blanca hasta el domingo siguiente. Más tarde, la separación del baptisterio de la Iglesia se cesó, y las fuentes

bautismales fueron construidas en las iglesias.

Los católicos romanos y griegos todavía mantienen de un grado considerable la ceremonia complicada del tercer siglo, con pequeñas modificaciones convenientes para nuestro día. Las siguientes son las ceremonias bautismales de la Iglesia de Roma, aunque no sean todas de aplicación universal:

“(1) El niño se mantiene fuera de la Iglesia, para significar una exclusión actual del cielo, que es simbolizado por la Iglesia.

“(2) El sacerdote sopla tres veces en la cara del niño, que significa que el diablo puede ser desplazado sólo por el Espíritu de Dios.

“(3) La señal de la cruz se hace en la frente y sobre el pecho del niño.

“(4) El sacerdote, habiendo exorcizado la sal, la pone en la boca del niño, señalando por ella aquella sabiduría que lo protegerá de la corrupción.

“(5) El niño es exorcizado.

“(6) El sacerdote toca su boca y oídos con saliva, pronunciando la palabra *efata*.

“(7) El niño está desnudo, significando el desposeimiento del viejo hombre.

“(8) Él es presentado por los patrocinadores, quienes representan la Iglesia.

“(9) Se hace una renuncia del diablo y de sus obras.

“(10) Es untado con aceite.

“(11) Se hace la profesión de la fe.

“(12) Se le pregunta si será bautizado.

“(13) Se le da el nombre de algún santo, que será su ejemplo y protector.

“(14) Se inmersa tres veces, o se rocía el agua tres veces sobre la cabeza.

“(15) Él recibe el beso de la paz.

“(16) Es untado en la cabeza, para mostrar que por medio del bautismo él se hace un rey y un sacerdote.

“(17) Él recibe la vela encendida, para señalar que ha llegado a ser un hijo de la luz.

“(18) Está envuelto con el alba (un traje blanco), para mostrar su pureza bautismal.” *La Delineación del Romanismo* por Elliott, Vol. I, p. 240. Véase también el Catecismo Católico Romano, p. 252.

Las perversiones susodichas del bautismo fueron sostenidas durante más de 1200 años antes de la organización de las varias denominaciones protestantes actuales. Indudablemente, había algunos del pueblo del Señor que veían los asuntos en una luz más clara, pero podemos decir razonablemente que eran muy pocos, y que prácticamente ningún registro de ellos o de su divergencia de la opinión común llegó a nosotros por las páginas de la historia. No es sorprendente que los protestantes de los siglos 15 y 16, habiendo heredado estas tradiciones y participado en ellas, estarían bajo su influencia, y que aunque se despojaron de la mayor parte de la ceremonia extrema, mantuvieron los mismos conceptos y costumbres generales. Inclusive hoy en día la gente considerada inteligente tiene un miedo supersticioso en cuanto a lo que podría ser el futuro eterno de sus niños que mueren durante la infancia sin haber sido bautizados – es decir, sin haber recibido el perdón de los pecados, y sin haber sido instalado como miembro de la Iglesia. En armonía con estas supersticiones, encontramos que aunque cada esfuerzo sea hecho en todas las denominaciones para mantener todo el poder, privilegio y autoridad en las manos del clero y fuera de las manos de los laicos, sin embargo, se admite generalmente que en los casos extremos, donde no se espera que viva el niño, y donde los servicios de un

clérigo no pueden ser conseguidos a tiempo, cualquier persona puede realizar un servicio de bautismo – el pensamiento es que ningún riesgo se debe tomar con respecto al bienestar eterno del niño. El privilegio de los laicos en tales circunstancias se reconoce claramente aun en las iglesias católicas romanas y griegas; y en la rúbrica de la Iglesia Anglicana en el tiempo de Eduardo VI el asunto fue ordenado así: “Los pastores y los coadjutores deben amonestar regularmente a la gente que sin gran causa o necesidad no debe bautizar a sus niños en casa; y cuando la *gran necesidad los obliga a hacerlo* que sólo entonces lo administren.”

Citamos la siguiente explicación del Bautismo del Catecismo Católico autorizado (página 248):

“El sacramento primordial y más necesario es el bautismo”; “porque antes del bautismo ningún otro sacramento puede ser recibido”; “y porque sin el bautismo nadie puede ser salvo.” “En el bautismo el pecado original y todos los pecados cometidos antes del bautismo son perdonados: el castigo temporal así como el castigo eterno son remitidos por el bautismo.” “En el bautismo somos limpiados no sólo de todo pecado, sino también somos transformados, de una manera espiritual, hechos santos, hijos de Dios, y herederos del cielo.”

La Iglesia Luterana cumple con una declaración muy semejante sobre este tema.

La Iglesia Anglicana, aunque tiene una ceremonia ligeramente variada, vincula el mismo significado al bautismo infantil. Los extractos siguientes del Libro de Oración Común demuestran esto:

“Santifique esta agua al lavado místico del pecado; y conceda que este niño, que será bautizado ahora en ella, pueda recibir la plenitud de tu gracia, y permanecer para siempre entre el número de tus hijos fieles y electos.”

“Recibimos a este niño en la congregación del rebaño de Cristo; y lo santiguamos de veras con la señal de la cruz.”

“Reconociendo ahora, muy queridos hermanos, que este niño es regenerado e injertado en el cuerpo de la Iglesia de Cristo, demos gracias al Dios Todopoderoso por estos beneficios.”

“Te cedemos gracias cordiales, Padre más misericordioso, que te agrada efectuar la regeneración de este niño con tu Espíritu Santo.”

El concepto presbiteriano es menos inmoderado. La Confesión de Westminster, Art. 28, dice: “El bautismo es un sacramento... un signo y un sello del pacto de gracia, de su injertar en Cristo, de la regeneración, del perdón de los pecados,” etc. Declara que es aplicable a los infantes de los cuales al menos uno de los padres sean cristianos, pero no a otros infantes. Y sigue, “Aunque sea un gran pecado para despreciar o descuidar esta ordenanza, sin embargo, la gracia y la salvación no le sean tan inseparablemente anexadas como que ninguna persona pueda ser regenerada o salva sin ello, o que todo lo que sea bautizado es indudablemente regenerado.”

Dando *menos importancia* al bautismo, las reglas presbiterianas no permiten que nadie salvo los ministros realicen el servicio, y por medio de sus ministros ponen énfasis sobre la importancia del bautismo, y comparativamente pocos conocen la última cláusula citada, y resulta que los presbiterianos así como otros temen las consecuencias si sus niños mueren sin bautizarse.

Los Metodistas, y la Iglesia Episcopal Protestante en los Estados Unidos, y las instituciones más modernas, aceptan este último moderado punto de vista de la importancia del bautismo infantil.

Como ilustración de este asunto, una anécdota se relata de un cierto médico a quien llamaron tarde por la noche para ayudar a un niño moribundo. Él llegó justamente un minuto antes de un clérigo, que había sido llamado al mismo tiempo. Siendo evidente que el médico no podría hacer nada más para el niño, él inmediatamente se fue, mientras que el ministro apresuradamente tomó un plato hondo de agua, roció unas gotas ante el niño, y dijo, “Te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo.” El niño expiró unos minutos después, y cuando el médico y el clérigo salieron de la casa juntos el anterior dijo al último,

“Usted llegó justo a tiempo; dos minutos más y habría sido demasiado tarde. ¿Puedo preguntarle, qué tipo de zapatos lleva usted?” “Polainas de congreso,” respondió el clérigo. “¡Ah, qué afortunado!” dijo el médico. “Si usted se hubiera puesto botas con cordones no habría llegado a tiempo, y ¡imagínese cuán desastroso esto habría sido para el niño!”

La verdad es que muchas de las personas cristianas más cultas negarían tal pensamiento falso y supersticioso como que Dios entregaría a un niño no bautizado a los demonios, para atormentarlo eternamente, o hacer otra cosa para su perjuicio. Sin embargo, muchas de estas mismas personas manifiestan gran preocupación si, por alguna razón, uno de sus niños moriría sin esta ceremonia; y algunos de los más analfabetos seguramente tienen creen más positivamente en la necesidad del rito y experimentan un gran miedo agonizante de las consecuencias si se omite; tan fuerte es la influencia que ha llegado a nosotros a través de los siglos de las creencias falsas, “La Edad de las Tinieblas.”

Pruebas de que estos conceptos incorrectos concernientes a la naturaleza, la necesidad y la eficacia del bautismo se habían desarrollado tan pronto como en el segundo siglo, se pueden encontrar en la *Historia de Doctrinas* de Hagenbach, p. 72. Más tarde, en el tiempo de Constantino, y apoyado por Tertuliano (*De Bapt.*, c. 18) apareció la opinión de que el bautismo, poseyendo un poder tan mágico para limpiar los pecados anteriores, pero no los subsiguientes, debe ser postergado hasta la hora más cercana de la muerte como sea posible. Aún más tarde, la “extremaunción” llegó a ser el consuelo de los agonizantes, y se emprendió un esfuerzo para traer a todos tan pronto como sea posible en la Iglesia. Fue “San Agustín” que avanzó la doctrina, “No hay ninguna salvación fuera de la Iglesia”; entonces, como resultado, salió la enseñanza de que los niños serían “perdidos” a menos que se hicieran miembros de la Iglesia, y a partir de aquel tiempo y de aquella teoría comienza el bautismo general de los infantes. El espíritu de la Cristiandad, desde el principio, ha consistido en no reparar en nada que pueda añadir a su influencia y sus números. Así que el carácter y la gobernación de nuestro Creador han sido desprestigiados y se ha invalidado el testimonio de su Palabra, y el cristianismo verdadero, el “trigo”, perjudicado por esta siembra prolífica de la “cizaña” por el Adversario.

EL BAUTISMO INFANTIL ES RECHAZADO POR ALGUNOS

Entre aquellos que reconocen que el bautismo se impone sobre los creyentes, y que una persona no puede creer en lugar de la otra, se rechaza el bautismo infantil como algo antibíblico. Además, las mismas personas generalmente creen que no hay nada constituya el bautismo ordenado por nuestro Señor y los apóstoles excepto una inmersión en agua. Éstos llaman la atención al hecho de que la palabra griega que significa el bautismo, *baptizo*, tiene el significado de sumergir o tapar o hundir o mojar en agua por completo, y que unas palabras totalmente diferentes son usadas en el griego cuando se hace referencia a rociar o vertir o llover. Los que creen en la inmersión en agua generalmente practican una sola inmersión, de espaldas, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, aunque algunos lo practican de frente tres veces, una vez en el nombre del Padre, una vez en el nombre del Hijo, y una vez en el nombre del Espíritu Santo. La explicación de la última forma consiste en que Cristo dobló su cabeza hacia el frente cuando murió, y que, por eso, sus seguidores deben sumergirse en la semejanza de su muerte, de frente. No parece ocurrir a estos amigos cristianos que Cristo no fue sepultado boca abajo, y que el Padre y el Espíritu Santo no murieron, ni tampoco fueron sepultados y que, por lo tanto, tales símbolos son totalmente inconsecuentes, y que el significado de las palabras “*en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*” sería correctamente entendido como – *por la autoridad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* – que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se unen al imponer el bautismo para los creyentes.

De entre aquellos que practican una inmersión de espaldas, hay dos denominaciones grandes, a saber, los “Bautistas” y los “Discípulos”, quienes, sin embargo, realizan el servicio con sentimientos muy diferentes en cuanto a su significado y los resultados. El punto de vista de los “Discípulos”, por otra parte llamándose “Cristianos” (y con frecuencia, sin su consentimiento, designados como “Campbelitas”), es que el bautismo (la

inmersión en agua) es para *el perdón de los pecados*, y que aquellos que no han sido inmersos en agua están aún en sus pecados, “hijos de ira.” Esta visión del tema excluye la gran masa de la humanidad excepto a los niños (cuyo pecado original parecen ignorar) y aun los cristianos profesos de casi todas las denominaciones – Congregacionalistas, Metodistas, Presbiterianos, Presbiterianos Unidos, Luteranos, Episcopalistas, Católicos Romanos, Católicos Griegos, etc. – serían marcados así como pecadores, no justificados ante Dios y, por lo tanto, expuestos a la *ira de Dios*, de cualquier modo que se entienda la expresión; y por casi todos, inclusive los “Discípulos”, se entiende que esto significa una eternidad de tormento.

Esta es una posición difícil de tomar, no sólo con respecto al mundo, sino con respecto a la masa de los cristianos profesos, y no es de sorprender que nuestros amigos de entre los “Discípulos” generalmente evitan llevar la pregunta a una declaración tan extrema, aunque la lógica de la proposición sea evidente a ellos, en cuanto a todos los demás que la consideran. No podemos aceptar que ésta sea una visión correcta del bautismo – para nosotros no es bíblica ni razonable. No podemos creer que el Señor haya permitido que el bienestar eterno de nuestra raza dependa de un conocimiento de cualquier institución y su obediencia. Sin embargo, nuestros amigos de entre los “Discípulos” se fortifican con ciertos textos de las Escrituras que no se debe pasar por alto; a saber, la predicación de Juan a los Judíos para el arrepentimiento y el perdón de los pecados; la predicación de los apóstoles en el Pentecostés a los Judíos, para arrepentirse y bautizarse por el *perdón de sus pecados*, e invocar el nombre del Señor, *lavando sus pecados*. (Mat. 3:6; Juan 4:1,2; Hechos 2:38,41) Consideraremos estas escrituras a su debido tiempo, y veremos cómo y por qué son aplicables a los Judíos únicamente, y nunca fueron aplicables a los gentiles, y que cuando ciertos gentiles de la Iglesia de Éfeso admitieron que habían sido bautizados con el bautismo de Juan – al arrepentimiento y al perdón de los pecados – el Apóstol Pablo mandó que fueran bautizados otra vez en el nombre del Señor Jesús. Hechos 19:3–5

Nuestros amigos bautistas, aunque no menos vigorosos en su defensa de la inmersión en agua como el único bautismo, establecen una pretensión totalmente diferente respecto a su eficacia. Niegan que sea para el perdón de los pecados, y aseveran que puede ser experimentado sólo por la fe en el Señor Jesucristo, el Redentor. No obstante, creen que el bautismo es la puerta para entrar en la Iglesia, y que sólo aquellos que son inmersos realmente entran en la Iglesia, y que los demás no deben esperar, ni deben ser concedidos los privilegios y las bendiciones que pertenecen a la Iglesia, en la vida presente o en la vida por venir. En armonía con este pensamiento, los Bautistas en general rehúsan dar la bienvenida a la Mesa de Comunión a todos aquellos que no fueron inmersos en agua, diciendo que la Mesa de Comunión no es para el mundo, sino sólo para *la Iglesia*, y que nadie está en la Iglesia excepto aquellos que han pasado por la *puerta* del bautismo en agua. Las pocas iglesias bautistas que en años recientes han atenuado esta regla lo han hecho en contravención de su teoría. Como ilustración de este tema citamos parte de un artículo escrito recientemente por J. T. Lloyd en el *Heraldo Religioso*. Dice:

“El bautismo cristiano es la inmersión de un creyente en agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo – nada más se considera como el bautismo. Las iglesias bautistas son las únicas iglesias cristianas existentes. Los pedobautistas [bautizantes de los niños] no tienen ningún derecho a la Cena del Señor. Siempre que participen en la Cena del Señor lo hacen indignamente, y comen y beben condenación a sí mismos.”

Si la teoría bautista sea la correcta, resulta que todos los miembros de las otras denominaciones de los cristianos profesos que no han sido inmersos en agua, se han engañado en el pensamiento de que en cualquier sentido de la palabra pertenecen a la Iglesia de Cristo. Porque, como dicen nuestros amigos bautistas, la inmersión es la *puerta* a la Iglesia; quienquiera que no haya sido inmerso no *esté* en y no *forme parte de* la Iglesia de Cristo, que es el cuerpo de Cristo. No es de sorprender que nuestros amigos bautistas, y sobre todo aquellos de un estándar muy alto de corazón e intelecto, duden en forzar en el público éstas, las únicas conclusiones lógicas de su creencia. El hacer esto sería traer sobre ellos la indignación e insulto de muchos a quienes están obligados a respetar como cristianos, a pesar de su teoría contraria. ¿Pero cuál sería la

implicación si esta teoría bautista fuera verdad? Contestamos que según todos los credos distintos de la Cristiandad esto implicaría que sólo las personas que fueron inmersas serían salvas, y que todas las demás, de todas las otras denominaciones, y el mundo fuera de todas las denominaciones, estarían perdidas – pues, ¿no es la teoría de todos los credos que sólo la Iglesia se salvará, y que todos los demás se apresuran a la destrucción o al tormento eterno o a algún otro futuro horrible – al destino al cual se finaliza en la muerte?

Estamos obligados a disentir de todas las anteriores opiniones como teorías humanas imperfectas, cuyas incongruencias son claramente manifiestas. La mera declaración de ellas lleva la convicción inmediata de su equivocación a cada mente inteligente e imparcial. No podemos confesar que la denominación de los Discípulos o la denominación bautista, o ambas, constituyen la Iglesia del Dios vivo, cuyos nombres están inscritos en el cielo, a la inclusión de todos sus miembros inmersos, y a la exclusión de todos los no inmersos de las otras denominaciones. No podemos confesar que, cuando el Hijo del Hombre sembró la semilla buena del Evangelio en el campo, que todo el “trigo” fue recogido en el granero bautista, y que toda la “cizaña” estuvo afuera. Tampoco podemos confesar aun que todo el “trigo” debe encontrarse entre aquellos inmersos en agua, y toda la “cizaña” también, de modo que las otras denominaciones fueran excluidas de la parábola del trigo y de la cizaña del Señor. (Mat. 13) Afirmamos que todas estas teorías contradictorias están equivocadas – son desaprobadas por Dios. Afirmamos que todas las sectas y las denominaciones son contrarias a la institución divina – una Cabeza, un Cuerpo, una Fe, un Bautismo. No pretendemos que la Iglesia del Señor, la Nueva Creación, tenga muchos miembros, sino que confesamos que consiste en todo de un “rebaño pequeño.”

Debemos incluir a nuestros amigos bautistas y nuestros amigos de entre los Discípulos con nuestros amigos presbiterianos y metodistas y luteranos y episcopalistas y católicos, como parte de una Cristiandad general, por otra parte en las Escrituras llamada “Babilonia”. El Hijo del Hombre y sus seguidores fieles sembraron la semilla buena, que ha producido frutos en todas partes de la Cristiandad, que puede considerarse el campo de trigo de esta Edad Evangélica. El Adversario ha sembrado “cizaña” tan prolíficamente que el “trigo” es casi ahogado, y en algunos aspectos el campo podría ser más correctamente llamado un campo de cizaña que un campo de trigo. Pero ahora, por fin, según la promesa del Señor, la “cosecha” de esta Edad Evangélica ha llegado, y él está enviando a sus segadores para juntar su “trigo” – cada grano de ello – en su granero; y es evidente que está encontrando estos granos del “trigo” verdadero, no todos en las denominaciones de los Discípulos y de los Bautistas, sino también entre los Presbiterianos, los Metodistas, los Episcopalistas, los Luteranos, los Congregacionalistas, los Católicos Romanos, y otros. Esto está en armonía con el hecho de que el mensaje ha salido al pueblo del Señor en todas partes de Babilonia: “Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites. Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas.” –Apoc. 18:2,4

Siendo esto verdad, es muy evidente que los Bautistas y los Discípulos, así como otros grupos, han hecho errores muy serios con respecto a lo que significa el bautismo, y con respecto a las bendiciones y los privilegios que éste confiere. Hemos examinado brevemente la situación entera hasta ahora, a la intención de que puede ser manifiesto a todos que hay algo radicalmente incorrecto con respecto a todas las varias teorías ahora prevalecientes en lo que concierne el tema del bautismo y que, por lo tanto, podemos estar listos a lo mejor para rechazar todas las tradiciones y las teorías humanas y dirigirnos reverentemente y piadosamente a la Palabra del Señor, mediante sus apóstoles inspirados sobre este tema, el cual reconocidamente es algo importante – una institución divina. Es sólo después de que veamos claramente la confusión implicada en todas las varias teorías de la Cristiandad que estamos totalmente preparados para apreciar la simplicidad del mensaje divino sobre este tema.

EL TESTIMONIO DE LAS ESCRITURAS SOBRE EL BAUTISMO

El ritual Judío contenía varias fórmulas con respecto al lavado de los utensilios, el baño y el lavado de las personas etc., pero nada con respecto al bautismo (*baptizo*, inmersión) tal como lo había predicado Juan, al final de la edad Judaica. El bautismo en Juan era para los Judíos únicamente, quienes ya eran reconocidos por haber sido lavados típicamente en el día de la Expiación – de las ofensas del pecado. Para ellos el bautismo aplicado por Juan, representaba el arrepentimiento, la confesión del pecado, las violaciones del Pacto en la Ley, y el lavamiento típico de ambos – el volver, o el deseo de estar en una condición justa de corazón. Así los Judíos arrepentidos del pecado y lavados o bañados simbólicamente, se sentían restaurados a una condición de armonía con Dios, que anteriormente disfrutaban bajo el Pacto en la Ley. El motivo por el cual Juan predicaba y bautizaba, era la preparación del pueblo para el Reino de Dios y para la revelación del Mesías, la cual Juan anunció ser inminente, y por las cuales el pueblo necesitaría estar en una condición preparada – de corazón si es que ellos habrían de recibir la bendición apropiada. Todo Judío bajo el Pacto en La Ley, era incluido como un miembro de la casa de Moisés: y “Todos en unión con Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar.” (1 Cor. 10:2).

La casa de Moisés era una casa de siervos, como esta escrito, y “Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, *como siervo*.” (Heb. 3:5). Bajo el arreglo divino, todo el que fuese fiel como un miembro de Israel típico o la *casa de siervos* bajo Moisés, él siendo el Mediador del típico o del Pacto en la Ley, estaría en la condición preparada de corazón para cuando el Moisés antípico, el Mesías, Cristo, fuera revelado, ellos tendrían la disposición justa para recibirlo como Moisés en la nube y en el mar, al aceptar a Cristo en lugar de Moisés, nos indica que ellos ya estaban en Cristo como miembros de su cuerpo, él siendo la cabeza, y, mediante la asociación con Él, ellos serían los ministros del Pacto Nuevo, del cual el Cristo glorificado, completo, cabeza y cuerpo, sería el Mediador.

Por lo tanto, Juan no bautizó a los creyentes en Cristo, simplemente al arrepentimiento, devolviéndolos a una condición de armonía con Moisés, en ésta condición, como ramas naturales del olivo (Rom. 11:16–21) ellos necesitarían ser injertados en Cristo, porque Cristo tomaría el lugar de Moisés, quien en ese entonces simplemente simbolizó a Cristo. También, se debe recordar, que lo que se llama el “bautismo en Juan” fue para el “lavamiento de pecado” y no se aplicaba a todos excepto a los Judíos – pero los Gentiles, al no estar bautizados en Moisés, y al no pertenecer en ningún momento a la casa típica de siervos, no podrían por arrepentimiento de pecado, *volver* a una condición que ellos nunca tuvieron. Por lo tanto, los Gentiles creyentes en Cristo deberán ser instalados como hijos en su casa en una manera diferente. Ellos, como lo explica, el Apóstol, eran ramas silvestres del olivo, “hijos de la ira por naturaleza”, extraños, diferentes, extranjeros para la mancomunidad de Israel. Ningún arrepentimiento y reforma haría de estos extraños, diferentes y extranjeros, miembros nuevos de la casa típica de los siervos, a quien únicamente se les otorgaría el privilegio por fe en Cristo de ser transferidos de la casa de siervos a la casa antípica de los hijos. Si llegaran otros a ser ramas del olivo (Cristo), cuya raíz es la promesa en Abraham (Gal. 3:16,29), deberán ser *injertados* en las posiciones que resultaron vacantes por el corte de las “ramas naturales” del olivo original – la casa de los siervos, cuyos corazones no estaban en una condición justa para aceptar al Mesías, y quien por lo tanto, él no los podría aceptar como miembros de la casa de sus hijos – “A lo suyo vino (pueblo de Israel), pero los suyos [como su pueblo] no le recibieron. Mas a todos lo que lo recibieron a quienes creen en su nombre, les dio potestad [privilegio] de ser hechos hijos de Dios, los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:11–13 RV1960) – son los que han llegado a ser miembros de la Creación Nueva – espiritualmente.

El Israel típico abandonó a Egipto (simboliza el mundo) para seguir el liderazgo de Moisés; y cuando ellos llegaron a la gran prueba o juicio en el Mar Rojo, la cual sería definitivamente su destrucción, excepto por la intervención de Dios por medio de Moisés, todos fueron bautizados típicamente en Moisés en el mar y en la nube – el mar estando a su derecha e izquierda, y la nube sobre ellos y así llegaron a ser su casa, o familia, él siendo la cabeza y representante. Ellos salieron del mar, devotos a Moisés, prometiendo seguirle y obedecerle.

Su devoción a él era más extensa, por ser el Mediador del Pacto en la Ley del Monte Sinaí, donde todas sus esperanzas estaban ligadas en él, quien declaró – “Un Profeta como yo te levantará Jehová tu Dios de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis.” (Deut. 18:15,18; Hechos 3:22). A todo “Israelita verdadero” estando ya consagrado y unido a Moisés hasta la muerte, y con todas sus esperanzas de la vida sujetas en él, sería un pequeño cambio el aceptar a Cristo en su lugar, como su antípico; y comprender que sus promesas hechas bajo la Ley a Moisés, serían ahora transferidas por arreglo divino a Cristo, el garante del Pacto Nuevo, a quien ellos prometieron servir. (2 Cor. 3:6)

Con los gentiles la situación era totalmente diferente, y la aceptación de Cristo significaría todo lo que estaba pactado para el Judío en Moisés sería transferido a Cristo. Por lo tanto, no debería de sorprendernos, al encontrar que las Escrituras enseñan un significado más amplio y más profundo del bautismo, cuando es aplicado a los creyentes que no son Judíos, que no están bajo la Ley, ni en Moisés, y que, por lo tanto, no son transferidos de Moisés a Cristo. Para los creyentes, el bautismo significaba un cambio radical total, habiendo sido ilustrado por el Apóstol Pablo (Rom. 11) con el injerto de las ramas silvestres de olivo a un buen árbol de olivo. Esto representaba una transformación completa.

EL BAUTISMO EN LA MUERTE DE CRISTO

“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?

“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida llueva.

“Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.” (Rom. 6:3–5)

Nosotros, quienes somos Gentiles por naturaleza, lo mejor que podemos hacer es aceptar ésta explicación del bautismo verdadero, dirigida por el Apóstol Pablo a los creyentes en Roma, muchos, casi todos, quienes habían sido Gentiles, “hijos de la ira”. En tres versículos aquí, el Apóstol trata detalladamente el tema del bautismo como se nos aplica. Estos versículos son usados muy comúnmente para probar todas las diferentes doctrinas del bautismo, las cuales son mencionadas especialmente por nuestros hermanos, quienes reconocen el bautismo como la inmersión en el agua. Sin embargo, hagámoslo notar claramente, que el Apóstol no menciona ni hace referencia al bautismo en agua. El bautismo en agua es únicamente un símbolo, o representación del bautismo verdadero; y el Apóstol, en estos versículos explica, desde diferentes puntos de vista, el verdadero, el bautismo esencial, sin el cual nadie puede considerarse como un miembro del cuerpo, o Iglesia de Cristo, mientras tanto todos los que reciben este bautismo, sin importar el nombre o lugar, color o sexo, serán incluidos como miembros de la “*Ekklesia*”, miembros de la nueva creación.

El Apóstol cuando se estaba dirigiendo a los que ya eran miembros del Cuerpo de Cristo, les dijo: “O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús” – nos tomamos una pausa aquí para indicar que él no dice, todos los que hemos sido rociados en agua, ni tampoco, todos los que somos inmersos en agua, pero, “todos los que hemos sido bautizados (inmersos) *en Cristo Jesús*.” ¿Qué es lo que se sumerge en Cristo Jesús? El aquí seguramente continúa con la misma idea que desarrolla en 1 Cor. 12:27: “Vosotros pues sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”. ¿Cómo participamos en el cuerpo de Cristo? El Apóstol responde que nosotros en él somos bautizados, y, desde ese momento, ahora estamos incluidos como miembros de nuestro Señor; miembros subordinados, él siendo nuestra cabeza, miembros de “la Iglesia que es su cuerpo”.

Pero averiguaremos particularmente cual es el proceso por el cual nosotros llegamos a ser miembros en Cristo Jesús. El Apóstol contesta la pregunta en su siguiente declaración, “que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús fuimos *bautizados en su muerte*”. Ninguna palabra acerca de que nosotros somos bautizados en él, cuando somos bautizados en agua. ¡No, no! ¡Cuán evidente es que el ser bautizados mil veces en agua no

resulta en una participación en el cuerpo de Cristo! Pero, aceptando la declaración del Apóstol, nosotros comprendemos que nuestra unión con Cristo, nuestra participación en su Iglesia o “*Ekklesia*”, cuyos nombres están inscritos en el cielo, comenzó desde el momento que nosotros *fuiamos bautizados en su muerte*. Pero, ¿cuándo y cómo nosotros fuimos bautizados en la muerte del Señor? Nuestra respuesta es que el bautismo es la muerte con el Señor, resultado de nuestra incorporación por él como miembros de su cuerpo, como Criaturas Nuevas, el cual tuvo lugar desde el momento cuando nosotros hicimos la rendición total de nuestras voluntades en él – consagrándonos totalmente, siguiendo y obedeciéndole, hasta la muerte.

La *voluntad* representa todo en la persona, y todo lo que él posee. La voluntad tiene el control del cuerpo, manos, pies, ojos, boca y mente. Y, también, tiene el control del dinero, cuenta bancaria; bienes raíces, etc. Es la que controla nuestro tiempo, nuestro talento, nuestra influencia. No existe ni una sola cosa de valor que nosotros poseamos, que no esté apropiadamente bajo el control de su voluntad; y, desde el momento, que nosotros rendimos nuestras voluntades al Señor, o, como las Escrituras a veces lo representan, nuestros “corazones”, nosotros le entregamos todo, y ésta sepultura de nuestra voluntad humana en la voluntad de Cristo, es nuestra muerte como seres humanos. “Porque habéis muerto; y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.” (Col. 3:3) Esta muerte, ésta sepultura, es nuestro bautismo en su muerte. De aquí en adelante, desde el punto de vista divino, no estamos considerados como seres humanos, de naturaleza humana, de la tierra, del mundo, teniendo fines, objetos y esperanzas del mundo, sino como Criaturas Nuevas en Cristo Jesús.

Al instante de ésta sepultura o inmersión de nuestras voluntades en la voluntad de Cristo, le sigue nuestro engendramiento a la novedad de vida – a una naturaleza nueva. Así como nuestro Señor consagró su naturaleza humana hasta la muerte, haciendo la voluntad del Padre, y aún así, él no permaneció en la muerte, porque fue resucitado de la muerte a una naturaleza nueva; de la misma manera nosotros por consagración estamos “*muertos con él*”, participando en su consagración, sin permanecer en un estado de muerte, pero instantáneamente resucitados mediante la fe a una realización de nuestro parentesco con el Señor como Criaturas Nuevas. Así el Apóstol declara: “Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, así es que el espíritu de Dios está en vosotros” (Rom. 8:9) Para el mundo todo esto es un “misterio oculto.”¹ Ellos no aprecian nuestra justificación por la fe como a la vista del Padre, simplemente nos consideran como los demás hombres, continuando siendo pecadores. Asimismo, ellos no ven una razón el por qué nosotros deberíamos de sacrificar o consagrar nuestras voluntades al Señor – al estar muertos como seres humanos, y poder obtener una participación con él como Criaturas Nuevas. Tampoco el mundo ve nuestra consagración y su aceptación, ni aprecian nuestra resurrección simbólica a una nueva vida, nuevas esperanzas, nuevas ambiciones, nueva relación con Dios mediante Cristo. Nosotros confiamos, desde luego, que ellos vean frutos en nuestras vidas, pero no esperamos que éste sea un fruto de sabiduría o lucrativo, que aparentemente les agrade bajo las condiciones actuales. “Por esto él mundo no nos conoce [como Criaturas Nuevas] porque no conoció a él.” 1 Juan 3:1

En fin los creyentes hacen todo menos seguir los pasos de Jesús – tomando su cruz para seguirle a él. Siendo santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, él no tuvo que esperar por ningún sacrificio por los pecados, porque él “no conocía el pecado” – pero inmediatamente al cumplir la edad viril bajo la Ley (treinta años) él no lo meditó para hacer su consagración total, un sacrificio completo de todos sus intereses del mundo, esperanzas, ambiciones y deseos – para él poder cumplir únicamente con la voluntad del Padre. El lenguaje de su corazón, cuando él vino hacia Juan en el Jordán, fue proféticamente anunciado, “He aquí vengo – en el rollo del libro está escrito de mi –El hacer su voluntad, Dios Mío. Me ha agradado, y su Ley está en medio de mi corazón.” (Sal. 40:7,8; Heb. 10:7). Nuestro Señor, al consagrarse totalmente a la voluntad del Padre, comprendió que la expresión externa de su bautismo simbolizaba la rendición de su naturaleza y vida terrenal, habiendo sido ya inmersa, o sepultada, en la voluntad del Padre – hasta la muerte. Su inmersión en el agua que le precedía, era únicamente una representación simbólica del bautismo, o la sepultura de su voluntad.

¹ Vol. I, Cap. V.

Desde este punto de vista su bautismo tuvo un gran significado para él, pero tal vez no fue así para Juan, a quien se le hizo extraño ver, que quien “no conocía el pecado” debería de ser bautizado, considerando que el bautismo en Juan era un bautismo únicamente para los violadores del Pacto en la ley – para la remisión de los pecados.

Nadie como Nuestro Señor Jesús mismo comprendió totalmente porque a él le “correspondía” cumplir con toda la justicia. Él fue el único que comprendió que esta clase de inmersión (el lavamiento simbólico de pecado) no era necesaria para él, como si él fuera un pecador, aún, a él era quien le correspondía por ser la Cabeza del cuerpo, para establecer un ejemplo propio y dar una lección muy significativa para todos sus seguidores: y no únicamente para los miembros del “cuerpo” que ya eran de la casa de Israel en carne, pero también para los miembros que eran diferentes, extraños y extranjeros. A él le correspondía simbolizar la consagración total de su voluntad y todo lo que él tenía, hasta la muerte, para que nosotros, al venir después, pudiéramos seguirle en sus pasos.

Se puede demostrar fácilmente que la figura o ilustración de la inmersión en el agua, que nuestro Señor recibió por las manos de Juan no fue la inmersión verdadera. Como evidencia él dejó una huella con sus palabras el día de la última cena “de un bautismo tengo que ser bautizado ¡y cómo me angustia hasta que se cumpla!” (Lucas 12:50). Aquí nuestro Señor mostró que su bautismo no era un bautismo en agua, sino el bautismo de la muerte – el bautismo a la muerte, en armonía con el arreglo divino – como el precio de redención del hombre, o la ofrenda del pecado.

Habiendo sido consagrado a este bautismo – a la muerte, en el momento más oportuno, cuando él había cumplido treinta años de edad, y llevado a cargo cuidadosamente durante los tres años y medio de su ministerio las provisiones de esa consagración – “cada día morir”, derramando su alma hasta la muerte – agotando su vida, su energía, su fortaleza en el servicio del Padre, en el servicio de sus seguidores y, hasta cierto punto, al servicio de sus enemigos, finalmente, él comprendió al acercarse el final de su bautismo – a la muerte, cuando se cumpliría totalmente la carga de las aflicciones, los juicios, las dificultades, las cuales su peso aumentaba a cada momento sin la compasión de ninguno – “de la gente que había ahí ninguno estaba con él” – nadie que hubiera entendido las circunstancias y las condiciones, y que pudiera participar con su dolor ofreciéndole una muestra de compasión, de aliento o consuelo – entonces, anhelando por el fin del juicio, él exclamo, – “como me angustió (en la dificultad) hasta que [mi bautismo a la muerte] se cumpla.” (Lucas 12:50) Un poco después de su muerte, su bautismo fue cumplido, clamando – “ha sido consumado”.

El mundo entero se está muriendo, y no únicamente el Señor y la Iglesia, su cuerpo; pero el mundo no participa en la muerte de Cristo, como la Iglesia, su cuerpo. Hay una gran diferencia. El mundo entero está muerto con el padre Adán bajo su sentencia o maldición; pero nuestro Señor Jesús no era del mundo, no era de los que murieron en Adán. Nosotros hemos visto ya que su vida era santificada y separada de todos los pecadores, sin contar con su madre terrenal.² Él no estaba bajo condena ¿Por qué, entonces, él murió? La respuesta de las Escrituras indican que él “murió por *nuestros pecados*” que su muerte fue un sacrificio. Y de la misma manera es con la iglesia, su cuerpo, bautizados en él por el bautismo en *su muerte* – participando con él en su muerte de sacrificio. Por naturaleza hijos de Adán, “hijos de la ira, como los demás” primero son *justificados* de la muerte Adámica a la vida, mediante la fe en nuestro Señor Cristo Jesús y su obra de redención; el objetivo principal de ésta justificación a la vida y liberados de la condena Adámica a la muerte, es que ellos podrían tener este privilegio de ser bautizados en Cristo Jesús (hechos miembros de su cuerpo, su *Ecclesia*) al ser bautizados en su muerte – al participar con él en la muerte como co-sacrificio. ¡Ah qué diferencia tan grande hay entre estar muertos en Adán, y estar muertos en Cristo!

El misterio de nuestra relación con Cristo en sacrificio, muertos ahora, por el bautismo, y el nacimiento de la relación y unión con él y la gloria que le sigue, es incomprensible para el mundo. Sin embargo, debería de

² Vol. V, Cap. IV.

ser muy apreciada por los fieles del Señor, estando repetidamente afirmado en las Escrituras. “Si sufrimos con él, también reinaremos con él”; “y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él.” También “herederos de Dios, y coherederos con Cristo Jesús. Sin embargo, *si* padecemos juntamente con él [si nosotros tenemos experiencia del bautismo en la muerte con él como miembros de su cuerpo] para que juntamente con él seamos glorificados.” (2 Tim. 2:12; Rom. 6:8; 8:17)

En el cuarto versículo del texto que estamos examinando, el Apóstol repite el mismo pensamiento desde otro punto de vista, diciendo – “porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo.” De nuevo ninguna sugerencia de algún bautismo en agua, pero sí una declaración muy positiva del bautismo – en la muerte, nuestra consagración a la muerte. Continuando, el Apóstol nos da un antitipo de la imagen, afirmando el por que o la razón de nuestro bautismo en la muerte de Cristo, diciendo, “Cómo Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida”. Indirectamente aquí el Apóstol hace una referencia a nuestra participación en la Resurrección Primera, cuando nosotros participaremos con la gloria de nuestro Señor en su Reino; él se refiere principalmente a la vida actual. Todos los que hacen una consagración total de sus vidas al Señor, a estar muertos con él, y juntamente ser co-sacrificio con él al servicio de la Verdad, tiene que estar separados y ser distintos con los que tenemos alrededor. Deben conducir cambios adecuados durante su vida en este mundo. Ellos hicieron un pacto para morir de las cosas del mundo que son las que atraen a los demás, y por lo tanto, éstas se deberán usar únicamente al servicio de la Creación Nueva. La Creación Nueva vuelve a la vida con perspectivas y cosas celestiales por medio del redentor, las cuales el mundo a nuestro alrededor no ve y no comprende. En armonía con esto, nuestras vidas en el mundo deberán ser nuevas, distintas, y separadas de las vidas de los demás; porque estamos vivificados con un espíritu nuevo, con esperanzas nuevas, con fines nuevos, con lo celestial.

Llegando al quinto versículo, el Apóstol continúa sin hacer la mínima diferencia al bautismo en el agua, aunque algunos, al principio, no estuvieron de acuerdo con sus palabras. “Porque si fuimos plantados juntamente con él a la semejanza de su muerte, así también lo seremos a la de su resurrección.” Si el ser plantado juntamente en la semejanza de su muerte significa el bautismo en el agua, él lo colocará más énfasis al bautismo en el agua de lo que cualquier otro profesor en el mundo estaría dispuesto a admitir. Como cristianos ¿que es lo que más añoramos? ¿No es acaso el nosotros poder participar en la resurrección del Señor, la Resurrección Primera? El Apóstol lo expresó, como su pensamiento más grande, de la esperanza o ideal que tuvo siempre presente diciendo – “Quiero conocerlo a Él y el poder de *su resurrección* [como un miembro de su cuerpo, su Iglesia], y participar de sus padecimientos hasta llegar a Él en su muerte si es que en alguna manera logro llegar a *la* resurrección de entre *los* muertos.” (Fil. 3: 10,11) Ahora si esto nos diera a entender Romanos 6:5 que la resurrección de Cristo fuera el resultado seguro de una inmersión en el agua se haría a este pasaje contradictorio con todos los demás, y sería una ofensa para la razón ¿Por qué debería una inmersión, o sepultura en el agua resultar en la participación de la Resurrección Primera? Nosotros estamos seguros en asumir que millares han sido sepultados, o sumergidos, en el agua y que nunca compartirán la Resurrección Primera – la Resurrección de Cristo.

Pero cuando nosotros entendemos este versículo en armonía con los dos anteriores, refiriéndose al bautismo *a la muerte* a la inmersión en la muerte, en la semejanza de la *muerte en Cristo*, entonces todo es simple, todo es razonable. Habiendo sido llamados por el Señor para ser coherederos con su Hijo, y para padecer con él y estar muertos con él, para vivir con él y para reinar con él, cuán seguro nosotros podemos estar que si somos fieles a este llamado, si somos plantados o sepultados en su muerte, así como él fue sepultado en la muerte – como soldados fieles de Dios y Siervos de la Verdad – eventualmente nosotros conseguiremos la gratificación total que Dios nos promete, es decir, una participación en la Resurrección Primera – a la gloria, honor e inmortalidad.

El bautismo a la muerte es el bautismo verdadero para la iglesia, como también fue el bautismo verdadero para nuestro Señor, para nosotros el bautismo en el agua es únicamente un símbolo, o una imagen así como lo

fue para él. Esto ha sido concluyentemente demostrado, por las palabras de nuestro Señor a dos de sus discípulos Santiago y Juan, cuando ellos le dijeron: maestro queríamos que nos concedas lo que pidamos, danos que en tu gloria, nos sentemos el uno a tu diestra, y el otro a tu siniestra. Respondió nuestro Señor diciendo, “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis ser bautizados del bautismo que Yo soy [estoy] bautizado? y ellos dijeron lo podemos.” El voto de voluntad en querer participar no únicamente con su ignominia sino también en su bautismo a la muerte, nuestro Señor confirmando les responde, “Del vaso que yo bebo beberéis, y del bautismo de que yo soy seréis bautizados.” (Marcos 10:35–39) Todos los que han sido llamados y estén dispuestos de corazón para tener estas experiencias, el Señor les otorgará el privilegio – y también su asistencia. Estos verdaderamente estarán inmersos en la muerte de Cristo, y por consiguiente, tendrán una participación con él en la Resurrección Primera y en las venideras glorias del Reino. Que nuestro Señor aquí no hizo referencia al bautismo en agua es evidente; porque estos dos discípulos habían estado con él desde el principio de su ministerio, y como sus representantes habían bautizado a multitudes en el agua, “para el arrepentimiento y remisión de los pecados” – el bautismo en Juan (Juan 3:22,23; 4:1,2; Marcos 1:4) La pregunta a nuestro Señor con respecto a su disposición en poder participar en su bautismo no fue mal entendida por los apóstoles. Ellos nunca pensaron que él les recomendaría que se bautizaran de nuevo en el agua: ellos entendieron muy bien que era un bautismo de sus voluntades, en hacer la voluntad del Padre, y consiguientemente, su participación con él en su sacrificio – cada día morir, entregando sus vidas por los hermanos, hasta el final, hasta la muerte.

“Porque por un espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo.” – 1 Cor. 12: 12,13

No dejemos que el Apóstol sea mal entendido, cuando se hace referencia a nuestro bautismo en la muerte con nuestro Señor – “en su muerte” – dando a entender el bautismo del Espíritu Santo. La muerte y el Espíritu Santo son diferentes, y los dos bautismos son distintos y separados. El bautismo en la muerte es algo muy propio e individual; para el que quiere llegar a ser miembro del cuerpo de Cristo debe consagrar y sacrificar su voluntad. Consecuentemente su sacrificio es aceptado, el Señor por su Espíritu ayuda a todos a entregar su vida en sacrificio de la Verdad y por los hermanos – hasta la muerte. El bautismo del Espíritu Santo fue un bautismo para toda la Iglesia. Tuvo lugar en el aposento alto el día del Pentecostés, y no ha necesitado ninguna repetición, porque no ha cesado de estar con la Iglesia desde entonces. La repetición de algunas manifestaciones exteriores se dieron en el caso de Cornelio, esto fue desde entonces una evidencia para Pedro y todos los creyentes Judíos, y para Cornelio y todos los creyentes Gentiles.

Dios no hace ninguna distinción o diferencia entre Judíos y Gentiles. La inmersión en Pentecostés se realizó, se nos cuenta, cuando el aposento alto se llenó con el Espíritu Santo, para que los 120 hermanos presentes, “fueran todos inmersos en el Espíritu Santo”, los apóstoles, además, recibieron un símbolo de favor divino en la aparición de lenguas como fuego que se dividían, posándose sobre cada uno de ellos.

Este ungimiento con el Espíritu Santo, corresponde al equivalente ungimiento de los reyes y sumos sacerdotes de Israel, con el aceite sagrado de la unción. El aceite se aplicaba sobre la cabeza y se corría por todo el cuerpo. La aplicación antitípica sobre la cabeza era la participación del Espíritu Santo a nuestro Señor en el momento de su consagración a los treinta años de edad, cuando el Padre le dio el Espíritu “sin medida.” (Juan 3:34) Cuando el Pentecostés vino totalmente, nuestra Cabeza glorificada había estado en la presencia del Padre, e hizo la propiciación por los pecados de su gente, y fue cuando se le permitió “derramar el”, Espíritu Santo en Pentecostés, que sumergía a su Iglesia; y de esa forma él demostró su aceptación y la del Padre, como miembros de su *Ekklesia*, su cuerpo – miembros de la Creación Nueva. Su iglesia, su cuerpo, desde entonces continúa, y el Espíritu Santo ha continuado dentro y sobre de ella; y conforme cada miembro nuevo es agregado a la Iglesia, que es su cuerpo, cada uno llega a ser un participante en el único bautismo del Espíritu que pertenece y satura el cuerpo, la Iglesia.

El texto bajo consideración vincula este bautismo Pentecostés del Espíritu, con nuestro bautismo individual a la muerte, y nos muestra la relación de los dos. Por ser hombres justificados es que somos

bautizados en la muerte. Por ser miembros de la Creación Nueva nosotros somos ungidos del Espíritu Santo y constituidos miembros de la *Ekklesia*, el cuerpo de Cristo. Como se vio anteriormente, nosotros debemos primero ser justificados del pecado y de la muerte en Adán por la fe en nuestro Redentor, antes de que *nuestro sacrificio sea aceptado* y nosotros podemos estar muertos con él –con nuestro Señor, nuestra Cabeza. De la misma manera, nosotros debemos primero hacer ésta consagración, o *sacrificio* de nuestro ser, para ser aceptados como miembros de la Creación Nueva, antes de que comience el proceso agonizante que, por la gracia del Señor, resultará en nuestro *bautismo total a la muerte*, en la semejanza del bautismo de nuestro Señor a la muerte, y así asegurar una participación en su “Resurrección Primera”. Esto está de acuerdo con lo que nosotros hemos visto anteriormente; es decir, que no es nuestra justificación la que nos constituye Criaturas Nuevas – miembros del cuerpo de Cristo – sino nuestro bautismo a la muerte con él así como el Apóstol lo ha declarado, “de la manera que el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros ... Así también es Cristo. Porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo... todos hemos bebido de un mismo Espíritu.” (1 Cor. 12:12,13)

Esta edad del Evangelio es “el año aceptable del Señor”, durante el cual ha estado dispuesto en *aceptar* los sacrificios de los creyentes, su consagración total hasta la muerte. Cada co-sacrificio que responde al llamado de la edad, Rom. 12:1. Ha sido en ese mismo momento aceptado como miembro de la “Iglesia de los Primogénitos, cuyos nombres están inscritos en los cielos”. Pero esta aceptación, como nosotros hemos visto, no es el final: se les exige a todos los consagrados que ellos tienen “a cada día morir” – esto es, que su actitud de consagración total debería continuar a diaria hasta que ellos también puedan declarar finalmente, “ha sido consumado”. Se exige por la consagración que esta perseverancia en sacrificio y buena voluntad debe continuar paciente y fielmente, y que nuestro fin, como con el de nuestro Señor y Cabeza, será la muerte literal. Como está escrito: “Yo dije, vosotros sois dioses [*elohim* – unos potentes] e hijos todos vosotros del Altísimo – ustedes morirán como hombres, y caerán como cualquiera de los príncipes” – no como el Príncipe Adán, convictos; pero como el Príncipe Jesús – los participantes en su muerte. (Sal. 82:6,7) Esta fidelidad, esta muerte de cada día es un requisito para hacer nuestro llamado una elección segura; y es a éstos, los que caminan fielmente en los pasos del Señor que él les promete la gloria, el honor y la inmortalidad reservada para los fieles vencedores quienes constituyen los “elegidos verdaderos”, miembros de la Creación Nueva. Las palabras de Nuestro Señor fueron. “Sé fiel hasta la *muerte*, y Yo te daré la corona de la vida.” (Apoc. 2:10) Nosotros vemos, entonces, que así como lo es con la Iglesia, también lo fue con su Señor y *Cabeza* – que la consagración trae los primeros frutos del Espíritu, y por fidelidad y bendición del Espíritu, diariamente continúa aumentando, los frutos y los regocijos, llevando adelante el cumplimiento fiel del pacto hasta la muerte, que es lo esencial para recibir la herencia total – la participación en la Resurrección Primera con sus glorias y honores (Ef. 1:12–14; Rom. 8:16–17).

EL BAUTISMO DE FUEGO

Nosotros ya hemos llamado la atención en gran parte³, a la declaración que hizo Juan el Bautista a los Judíos con respecto a Jesús: “El os bautizará en Espíritu Santo y en fuego” (Mateo 3:11), así indicando la bendición Pentecostés sobre los Israelitas fieles y el fuego, la ira de Dios, “ira hasta el extremo” (1 Tes. 2:16) que vino sobre el resto de esa nación. El bautismo de fuego no es una bendición, ni tampoco tiene sentido que la gente Cristiana a veces sin pensarlo ore por éste. Así como hubo un bautismo de fuego sobre la “paja” esa nación al fin de la edad judaica, también nuestro Señor indica que habrá en el fin de esta edad un “fuego” similar que caerá sobre la clase “cizaña” de la Cristiandad – un bautismo de fuego, de angustia, de tribulaciones, cual nunca fue después que hubo gentes hasta entonces.” Dan. 12:1

EL BAUTISMO SIMBÓLICO EN EL AGUA

Nosotros mencionamos ya anteriormente acerca de los diferentes bautismos en agua que están de moda

³ Vol. V, Cap. IX.

entre muchos cristianos y que casi universalmente lo confundan con el bautismo verdadero, nosotros hemos demostrado cuan falsas e inconscientes son las pruebas que son la base de estos bautismos en el agua, las cuales no pueden afectar el corazón y que en su gran mayoría son símbolos, pero no son reconocidos como símbolos por sus defensores, porque ellos no distinguen claramente el *bautismo verdadero a la muerte con Cristo*. ¡Tan simples y preciosas son estas pruebas del bautismo verdadero relacionado a la Iglesia de Cristo – el “Cuerpo”, la *Ekklesia*, cuyos miembros están inscritos en el cielo – sin tener que depender de una matrícula terrenal! Este bautismo verdadero es, por lo tanto, la puerta a la iglesia verdadera por que nadie puede ser admitido o matriculado como un miembro de la Iglesia, el cuerpo de Cristo, y que tengan sus nombres inscritos en el cielo como tales, excepto quien hubiera tenido primero la experiencia del bautismo de su voluntad, de su corazón, a la *muerte con Cristo*, y así ser admitidos como miembros en su Iglesia, que es “lo que falta de las aflicciones de Cristo” (Col. 1:24) ¡Ah, sí! Estos creyentes, haciendo tal consagración, tal bautismo en la muerte con el Señor, todos ellos tienen que ser el “trigo” verdadero – ninguno de éstos es la “cizaña”. La puerta del agua tal se deje entrar a la vez a la “cizaña” y al “trigo” en la Iglesia; pero el bautismo a la muerte como una puerta, admitirá únicamente a la clase de trigo a la Iglesia verdadera, porque además a estos no les importa estar bajo condiciones adversas, a pesar de que hay algunos que pueden imitarlos con cierta medida, así como las “cizañas” son las imitaciones del “trigo”.

Desde este punto de vista, se observará que puede haber miembros de la Iglesia verdadera – bautizados en Cristo, al ser bautizados en su muerte – dentro de los Presbiterianos, Metodistas, Luteranos, Episcopales, Congregacionistas, Católicos Romanos, etc., así como también dentro de los Discípulos y Bautistas. Por otra parte, indudablemente la gran mayoría en todas las denominaciones (incluyendo a los Discípulos y Bautistas inmersos en agua) no tiene ni parte ni destino en el cuerpo de Cristo, la *Ekklesia* verdadera, a causa de no haber entrado por la *puerta verdadera* a la *iglesia verdadera*, porque el bautismo verdadero en “su muerte” es una proposición incontrovertible.

Habiendo colocado así todo el énfasis, como el Apóstol lo hace, sobre el bautismo verdadero, nosotros volvemos hacia el símbolo, el bautismo en el agua, y primero, averiguamos, ¿Es éste el símbolo apropiado o necesario para los que ya tienen el bautismo verdadero? Segundo, si es así ¿cuál es el símbolo apropiado?

¿ES NECESARIO EL BAUTISMO SIMBÓLICO?

El testimonio del Señor y de los apóstoles indican claramente lo apropiado que es el bautismo simbólico o en agua, porque no únicamente ellos fueron bautizados en agua, sino que también enseñaron el bautismo en el agua con respecto a otros no únicamente a los judíos – sino también a los Gentiles convertidos. Nosotros ya lo mostramos anteriormente que el bautismo de nuestro Señor Jesús fue separado y distinto al bautismo en Juan, que generalmente era únicamente para los Judíos, y que no era para el arrepentimiento y para la remisión de pecados porque Juan comprendió la materia; y nuestro Señor, instituyendo el símbolo con su propia muerte, no intentó explicar lo que Juan y otros en ese tiempo no hubieran entendido, porque el Espíritu Santo aún no era dado, porque Jesús no había realizado aún su sacrificio por nuestros pecados, ni había sido glorificado para presentar el sacrificio por parte nuestra. Nosotros notamos la comisión dada por nuestro Señor a los apóstoles, y a nosotros mediante ellos, como está registrado en Mateo 28:19,20: “Por lo tanto id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre [por la autoridad] del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Esta comisión se ha aplicado a toda la edad del Evangelio y bajo la misma a todos los ministros de la Verdad que hoy laboran. El Señor no se refirió aquí al bautismo del Espíritu Pentecostés, porque en ese entonces no estaba en el poder de los Apóstoles para bautizar. El Señor mismo, y él únicamente, tenía y mantuvo esta autoridad. Fue, sin embargo, otorgada a los apóstoles, y a todo los profesores fieles de la Palabra del Señor, para instruir a la gente con respecto la gracia de Dios en Cristo – con respecto a su justificación, y con respecto a su santificación, consagración, o bautismo en la muerte con Cristo, si llegaran a ser participantes de su naturaleza nueva y de su gloria venidera. El bautismo incluye también al simbólico, o el bautismo en el agua, lo cual sería la señal exterior para dar a conocer, el fondo, o la consagración de corazón del creyente y manifestado a los

demás, así como nuestro mismo Señor primero hizo su consagración del corazón al Padre, y luego lo simbolizó en el agua

Los inspirados apóstoles entendieron muy bien su comisión y la muestra es evidente por todas sus enseñanzas. Ellos primero enseñaron a la gente todo con respecto a la gracia de Dios en la obra de la redención, alentándolos para creer en la justificación a la vida. Implorándoles que hicieran una consagración total de corazón, diciendo, “Así que *hermanos os ruego* [sin ser pecadores, pero tentativamente justificados mediante la fe en Cristo, y, aquí en adelante, designados miembros de “la familia de la fe” o hermanos], por las misericordias de Dios [que en parte ustedes ya recibieron en su justificación], que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo santo [justificados], agradables a Dios, que es vuestro verdadero culto”. (Rom. 12:1) Esta era la invitación para consagrar, o sacrificar o ser “*bautizados en su muerte*” Muchos que escucharon la palabra con regocijo, con la condición apropiada de corazón, se bautizaron – no sólo fueron realmente bautizados en su voto de consagración, sino también simbólicamente fueron bautizados en el agua, siendo este testimonio exterior.

Note los siguientes testimonios acerca del bautismo practicado por todos los apóstoles – no únicamente con los judíos, sino también con los Gentiles. Nosotros leemos esto acerca de la gente de Samaria. “Más cuando creyeron a Felipe... se bautizaban, hombres y mujeres [no niños]” (Hechos 8:12). El eunuco Etíope convertido por Felipe el predicador se bautizó también en agua (Hechos 8:35–38) después de que Pedro había predicado a Cornelio y su familia, “El Espíritu Santo cayó sobre todos los que *escuchaban* [apreciaban] el sermón [ningún niño, por lo tanto],... él les mandó a bautizar.” (Hechos 10:44–48) Nuevamente nosotros leemos, “Muchos de los Corintios oyendo creían, y se bautizaban.” (Hechos 18:8) Nuevamente nosotros leemos, “Lidia, que vendía púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios estaba oyendo. El Señor le abrió el corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía... y cuando fue bautizada junto con su familia.” (Hechos 16:14,18) El carcelero Filipense, cuando él había creído, era bautizado por Pablo y Silas en la prisión. (Hechos 16:33) De nuevo, nosotros leemos “y también bauticé la familia de Estefanía.” (1 Cor. 1:16)

Es cierto, el Apóstol en este último caso menciona que a muy pocos él había bautizado, pero esto, indudablemente, fue por la espina en su carne, su vista imperfecta; y a los pocos quien él bautizo probablemente recibieron este servicio por sus propias manos porque no había nadie que estuviera convenientemente disponible. Él le dio gracias a Dios por haber bautizado a muy pocos, pero esto no significa que él había cambiado su forma de parecer con respecto a lo apropiado del bautismo verdadero o de su símbolo; pero en vista de que una disputa había surgido en la Iglesia – con un espíritu disidente o de facción que conducían a algunos a decir, “Yo soy de Pablo, otros, Yo soy de Apolo, y otros, Yo soy de Pedro”, – el Apóstol estaba satisfecho el poder decir que él mismo había bautizado a muy pocos de ellos por temor a que algunos de ellos hubieran afirmado que él había hecho discípulos personales, bautizándolos en su nombre propio, en vez de hacer discípulos para Cristo, bautizándolos en el nombre de Cristo.

A la luz de estas declaraciones simples de las Escrituras con respecto a los preceptos y práctica del Señor y los apóstoles, sería audaz, quien declarase que el bautismo simbólico en el agua no era enseñado por las Escrituras; o que se enseñase que la aplicación era únicamente para los Judíos; o que su propósito fue únicamente como una obra introductoria. Por el contrario, ambos han sido enseñados y practicados desde el principio de la edad al tiempo presente, si bien con ceremonias y formas diferentes, y sin más ni menos con una concepción incorrecta de su significado, confundiendo el símbolo y perdiendo de vista al bautismo verdadero. Es seguramente con una buena razón que toda la gente Cristiana repita al bautismo en el agua como una institución divina. Si alguien todavía tiene la tendencia en controvertir esta pregunta, nosotros no tenemos nada que discutir con ellos, pero crean que si hay alguien honesto que ha cumplido en su corazón el bautismo verdadero de hacer la voluntad del Señor – y si para el mismo y para el mundo ha muerto, y vive hacia Dios, mediante Cristo Jesús nuestro Señor, Dios se lo revelará todo a su debido tiempo (Fil. 3:15)

Mientras tanto, nosotros nos regocijamos con los que han encontrado el bautismo verdadero, y que ahora son participantes: los felicitamos sobre la verdad porque es mucho mejor ver y disfrutar el bautismo verdadero sin perder de vista al símbolo, que poder ver el símbolo y perder de vista al verdadero. Por lo tanto, sin importar cuanto favorecemos el bautismo simbólico, no pondríamos basar en éste la fraternidad Cristiana, sino únicamente en el bautismo verdadero a la muerte con Cristo. Todos, los que confiesan al Señor como su Redentor, y confiesan una consagración total de corazón y de vida a él, los aceptamos como hermanos en Cristo Jesús, miembros de la Ekklesia, cuyos nombre están inscritos en el cielo – la Creación Nueva en Cristo, que son por nacimiento Judíos o Gentiles, esclavos o libres, varones o hembras, bautizados con agua o bautizados sin agua.

Por otra parte, no se olviden que cada aumento de conocimiento trae no únicamente un mayor privilegio y regocijo, sino también un aumento de responsabilidad. Por lo tanto, cualquiera que pueda apreciar la belleza y la autoridad del símbolo en el agua, reconoce a la vez otra prueba con respecto a la *muerte* de su voluntad – respetando su bautismo verdadero en la muerte con su Señor. Ser desobediente al símbolo bajo estas circunstancias, se notará muy fácilmente, y significaría un alejamiento del sacrificio y un fracaso para asegurar su llamado y elección.

EL SÍMBOLO APROPIADO DEL BAUTISMO

Nosotros no intentamos una discusión de los diferentes puntos de vista a favor o en contra de la aspersion, derrame o la inmersión – para saber cual era la forma apostólica original para aplicar el bautismo simbólico. Nosotros sugerimos, sin embargo, que ningún infante podría estar en la condición mental de corazón que le permitiría hacer una consagración o bautismo de su voluntad en la voluntad de Cristo, al grado de llegar a estar muerto con el, con uno mismo y el mundo. Nosotros insistiremos enfáticamente, que el bautismo simbólico *no se podría* efectuar con anterioridad al bautismo verdadero, con alguna validez; porque el propósito del bautismo simbólico es la expresión o confesión exterior de lo que a había transcurrido en nuestros corazones, con nuestras voluntades, y con el Señor, en secreto.

Estas cosas estando en lo cierto, implican que la gran mayoría de la gente Cristiana nunca ha tenido un bautismo simbólico o en el agua el cual pueden recibirlo únicamente después de hacer inteligentemente su voto de consagración. La inmersión de los adultos con anterioridad *a la consagración* no seria más efectiva que un baño ordinario, o más que un bautismo simbólico o que la aspersion de un infante que no está consagrado. Es la responsabilidad de todos, por lo tanto, investigar seriamente cual es el bautismo verdadero en agua, el símbolo verdadero, diseñado por nuestro Señor, obedeciendo inmediatamente, con todo el corazón consagrado, o “verdaderamente muerto.” Es la voluntad propia y en la opinión del mundo, estará sobre alerta para conocer y hacer la voluntad del Señor en esto y en todo lo relacionado a la fe. Esta vigilancia se implica en la expresión, “Así también vosotros consideraos muertos al pecado pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor Nuestro”. (Rom. 6:11)

Supongamos que hubiera una total confusión sobre el tema de la forma del bautismo, y el testimonio con respecto al procedimiento por la Iglesia primitiva fuera tan confusa, que nosotros no tuviéramos nada en lo absoluto para orientarnos y determinar si la forma apostólica del bautismo en el agua fue por medio de la aspersion, derrame o en la inmersión, ahora nos encontramos en una posición donde, vemos claramente lo qué constituye el bautismo verdadero; para nosotros si es posible ver claramente o que o no constituir los símbolos o imágenes. Investigando detalladamente todas las formas practicadas, hay una sola, la que *representa* la muerte y la sepultura con Cristo. Nosotros hemos fallado en reconocer el símbolo de muerte para uno mismo, y para el mundo, y con Cristo, con muchas o pocas gotas de agua sobre la frente, o con un cubo lleno de agua sobre toda la persona. Si hay alguna semejanza simbólica de muerte en uno de estos símbolos nosotros no lo hemos percibido. Pero en lo que nosotros consideramos la inmersión, nosotros ahí vemos a primera vista una maravillosa, una llamativa, una notable ilustración adecuada de todo lo que representa el bautismo verdadero a

la muerte. No únicamente la palabra *baptizo* en griego significa inmersión, cobertura, sepultura, sino todo lo relacionado con el procedimiento y con la inmersión hacia el agua, de espaldas, en el nombre de Cristo es la representación más llamativa de una sepultura, adecuada en todo lo particular. El administrador del símbolo representa a nuestro Señor. Cuando el candidato va hacia él en el bautismo también en nuestros corazones vamos al Señor para el bautismo. Confesando que por nuestra voluntad para si mismo y para el mundo, nos entregamos en las manos del Señor, pidiendo que acepte la voluntad para el acto, y pedimos que, al rendir nuestras voluntades, *él nos sepulte en su muerte* – que él ocasionará ciertas experiencias, disciplinas, condiciones y castigos, en la forma más adecuada para que se nos permita cumplir nuestro pacto de consagración. Cuando el candidato ha rendido su voluntad, el administrador suavemente lo va sumergiendo en el agua, y mientras él está de espaldas, incapacitado en el agua, proporciona una ilustración completa de nuestra incapacidad para ayudarnos mientras estamos en la muerte; y cuando el administrador de nuevo le levanta poniéndole de pies, nosotros vemos representado exactamente lo que nuestro Señor nos ha prometido, la resurrección de la muerte a su debido tiempo por su poder propio. No tenemos el propósito en limitar las conciencias de los que no están de acuerdo con nosotros; pero nos parece evidente y claro que el autor de este símbolo fue el Señor. ¿Quién más pudo haber creado un cuadro o un símbolo tan perfecto sobre ésta materia?

El que ya ha ejecutado su bautismo verdadero, el que ya se ha entregado en las manos de Cristo para llegar a estar muerto con él, sepultado en la semejanza de su muerte, es el que ve la belleza de este cuadro simbólico, y es cuando, creemos nosotros, debemos sentir un deseo intenso propio para llevar a cabo su cumplimiento. El lenguaje de su corazón seguramente es, “¡Me agrada hacer tu voluntad, oh Dios Mío!”

¿Qué ventajas se acumularán por la obediencia a este símbolo? Nosotros contestamos que no se acumula ninguna ventaja sobre el cumplimiento de una de las partes de nuestro voto de consagración, pero será para nuestro beneficio antes que nada, cumplir con todos los requisitos – todo, incluyendo la rendición total de nuestras voluntades en la voluntad del Señor, y con el propósito total de caminar en sus pasos. Pero mientras todo el beneficio no se realizara sino hasta llegar a la meta final, en la Resurrección Primera, y su Gloria, Honor e Inmortalidad, sin embargo, hay cierto beneficio que debemos de disfrutar ahora. La paz mental, la paz del corazón, el hecho que, así como con nuestro Señor, nosotros también tenemos el propósito en – “cumplir con todo lo justo” – y es eso lo que contribuye a tener la paz de Dios que corre como un río, regularmente, constantemente y enérgicamente, mediante las vidas de los que son suyos – la paz de Dios que sobrepasa todo el entendimiento, de nuestros corazones.

El testimonio del Apóstol es, que hay “Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos.” (Ef. 4:4–6) continúa que como hay un solo bautismo apropiado también hay un solo símbolo apropiado; y la gente Cristiana en general está de acuerdo que la inmersión en el agua es la que más le corresponde al lenguaje Bíblico. Como ilustraciones de este acuerdo, anoten lo siguientes comentarios de las personas que a pesar de haber sido bautizadas en la muerte de Cristo, estaban tan confusas que no sabían como identificar el símbolo en agua, y llegaron a la conclusión de que éste no era importante.

ALGUNOS TESTIMONIOS SOBRE EL BAUTISMO

Juan Calvino, Reformador, dice: “La palabra misma *baptizo* significa sumergirse. Es muy seguro que la inmersión era practicada por la iglesia primitiva.” (*Instituciones*, Lib. IV, Cap. XV, par. 19)

Dr. Macknight, Presbiteriano: “En el bautismo la persona bautizada está sepultada debajo del agua”. “Cristo se entregó para ser bautizado; esto es, estar sepultado debajo del agua.”

Dr. Felipe Schaff, Presbiteriano: “La Inmersión, y no la aspersion, fue indudablemente la forma normal original. Esto lo demuestra el verdadero significado de las palabras griegas *baptizo*, *baptista*, *bautismos*.” *Historia de la Iglesia Apostólica*, página 568

En una publicación posterior – en 1885 – él escribe más acerca de estas “comparaciones,” y todos “están a

favor de la inmersión, en lugar de la aspersion, así como lo es totalmente aceptado por los mejores catedráticos, Católicos, Protestantes, Ingleses y Alemanes.” *Las Enseñanzas de los Doce Apóstoles*, páginas 55, 56

Martín Lutero, Reformador: “Bautismo es una palabra griega y puede ser traducida como (Inmersión).” “A los que van a ser bautizados, yo los voy a sumergir en agua.” *Las Obras de Lutero*. Vol. 1, página 336.

Juan Wesley, fundador del Metodismo: “Sepultados con el por el bautismo al referirse al método antiguo de la inmersión.”

Wall, Episcopalista: “La Inmersión fue con toda probabilidad el único camino para nuestro santificado salvador, y seguramente fue la forma más común y ordinaria para la cual los Cristianos antiguos recibieron su bautismo”. *Historia del Bautismo Infantil*, Vol. 1, página 571, Oxford. 1862.

Dean Stanley, Episcopalista: “Por los primeros trece siglos la forma mas universal practicada – del bautismo – es la cual nosotros leemos en el Nuevo Testamento, y la cual representa el verdadero significado de la palabra ‘Baptizo’, comparado a los que fueron bautizados siendo lanzados, sumergidos, inmersos en el agua.” *Instituciones Cristianas*, página 17.

Brenner, Católico Romano: “Por mil trescientos años el bautismo fue general y regularmente la inmersión de la persona por debajo del agua.” *Exhibición Histórica de la Administración del Bautismo*, página 306.

“La persona completa es inmersa en el agua.”, *Enciclopedia de Kitto*

“Bautismo, es, sumergir, o inmersión.” *Enciclopedia Americana*

“El bautismo fue administrado originalmente por la inmersión.” *Enciclopedia de Brande*

“El bautismo significa inmersión.”, *Diccionario de la Biblia Smith*

“Bautizo, Estar en o bajo el agua.” *Léxico Griego de Liddell y Scott*

“Inmerso, hundirse.” *Léxico Griego de Robinson*

“Inmerso, sumergirse, hundirse.” *Léxico de Greenfield*

¿QUIÉN PUEDE ADMINISTRAR EL BAUTISMO EN EL AGUA?

Como todos los consagrados, los que han sido bautizados en la muerte de Cristo, constituyen el Sacerdocio Real, “y miembros del cuerpo unguento del Señor”, es natural que no únicamente están comisionados por Mateo 28:19 para enseñarle a la gente, y así conducirlos al bautismo, o la sepultura de sus voluntades en el Señor, sino también son comisionados igualmente para realizar el símbolo de esta consagración, el bautismo en agua. Y, además si no está al alcance conveniente ninguna persona consagrada para el servicio del símbolo, nosotros no tenemos ninguna objeción concreta en contra de su ejecución por un creyente que no está consagrado, o tal vez por una persona del mundo, un incrédulo; porque el contrato verdadero está entre el Señor y el individuo que se está consagrando; y como el bautismo en el agua no es el verdadero, sino únicamente un símbolo, el administrador no es el Señor, simplemente un hombre, ya sea un hombre bueno o malo, él actuaría simplemente como un representante para la conveniencia y el servicio del que ha recibido la inmersión. No obstante, hay un orden y aptitud general que es bueno observar en éste como en todas las cosas relacionadas a la *Ekklesia*; esto indicaría que las personas más indicadas para este servicio serían los ancianos elegidos.

LA FORMA DE EXPRESIÓN

Ninguna forma de expresión en particular para este servicio está ante nosotros establecida en las Escrituras, y todos pueden observar fácilmente que las palabras son de segunda importancia – que el bautismo podría ser igualmente válido si no se usara ni una sola palabra; porque como fue mencionado anteriormente, el contrato verdadero está entre quien ha sido bautizado y el Señor, y el *acto* del bautismo en el agua es la

confesión externa. No está, por lo tanto, basado en las creencias y opiniones del administrador, pero sí está basado en el pensamiento y la intención de corazón del que ha sido simbólicamente bautizado. No obstante, basando nuestro juicio sobre las palabras del Señor, en Mateo 28:19, y en las palabras del Apóstol, en Romanos 6:3, nosotros recomendamos una forma simple y pura de palabras para esta ocasión:

“Hermano Juan [u otro nombre cristiano], en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, por ésta autoridad, yo te bautizo en Cristo.”

LA REPETICIÓN DEL SÍMBOLO

Porque desde hace mucho tiempo se perdió el significado verdadero del bautismo, nosotros hemos recibido muchas preguntas de los que ya han sido inmersos en agua, son relacionadas a la validez de su bautismo en el agua, y si sería apropiado repetir el símbolo. Nuestra respuesta es que el símbolo no necesita repetirse; porque no tiene ningún significado, o más virtud, que cualquier otro baño o inmersión en el agua, al menos que sea *precedido* por la consagración total a la muerte, y eso cada uno debe de decidirlo basado en la obediencia de este testimonio, si el conocimiento sobre el tema estaba deficiente, no sería necesario repetirlo – si es que el bautismo en agua se aplicó después de la consagración, o bautismo a la muerte.

EL BAUTISMO PARA LOS MUERTOS

“¿*Qué harán los que se bautizan por los muertos, si de ninguna manera los muertos resucitan?*” –1 Cor. 15:29

Una equivocación del significado de las palabras anteriores por el apóstol condujo, durante la “Edad de las Tinieblas”, a un bautismo de sustitución: Gente cristiana, cuyos amigos habían muerto sin haber sido bautizados, se bautizaban por estos muertos en una forma representativa. Los puntos de vista correctos de lo que constituye el bautismo verdadero, nos muestran rápidamente la inconsistencia de este procedimiento. Una persona no puede de ninguna forma consagrarse, o querer transferir su vida natural o su vida espiritual por otra persona. El mal entendimiento de las palabras del Apóstol, sin embargo, ha conducido a la confusión en las mentes de muchos, y que absurdo e irrazonables eran muchas de las teorías y costumbres presentadas en ese entonces.

El tópico del Apóstol era la resurrección de los muertos, y él aquí mantenía y elaboraba ésta doctrina. Evidentemente se efectuaron varios movimientos en contra de la fe de la Iglesia en Corinto, con respecto a la resurrección de los muertos. Como parte de su argumento, en el versículo bajo consideración, él llamó la atención a la Iglesia con el hecho que todos ellos habían sido bautizados, y que su bautismo significó o simbolizó la muerte, como nosotros lo hemos examinado. Él entonces, para demostrarles la inconsistencia de la posición nueva, les pregunta que a donde estaría la sabiduría o el valor de tal consagración a la muerte, como su bautismo lo había sugerido, si fuera verdad la teoría nueva de que los muertos no resucitarían. Ellos se habían consagrado para ser miembros, para morir uno con el otro, en la fraternidad con Cristo, y así estar muertos con él, como miembros de su cuerpo, miembros del gran sacrificio de la Expiación *en nombre del mundo muerto*, porque sus esperanzas estaban en la resurrección prometida.

El argumento del Apóstol es que la posición Cristiana en conjunto se mantiene firme o se cae si no hay resurrección de los muertos, entonces los que han caído dormidos en Cristo se han perdido, así como el resto del mundo; y si así fuese el caso, que no hubiera una futura esperanza para la Iglesia, o para el mundo mediante la Iglesia, ¿por qué deberíamos consagrar nuestras vidas a la muerte? Nosotros estamos bautizados a la muerte con Cristo, bautizados por los muertos, con el propósito de que estemos asociados con él como el donador de la vida al mundo – la Simiente de Abraham.